

# Retórica e historiografía grecorromanas en la segunda parte de la *Suma y Narración de los Incas* de Juan de Betanzos

## Greco-Roman Rhetoric and Historiography in the Second Part of Juan de Betanzos' *Narrative of the Incas*

**Roberto Zeballos Rebaza**

<https://orcid.org/0009-0006-7674-4884>

Pontificia Universidad Católica del Perú

PERÚ

zeballos.roberto@gmail.com

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 11.2, 2023, pp. 415-430]

Recibido: 18-02-2023 / Aceptado: 13-04-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2023.11.02.32>

**Resumen.** El presente trabajo indaga acerca de la influencia de la historiografía clásica grecorromana en la segunda parte de la *Suma y Narración de los Incas*. Sobre la base de un análisis de los recursos retóricos empleados en el relato del Encuentro de Cajamarca, se propone que el cronista Juan de Betanzos se ciñó, para redactar dicha narración, a la preceptiva que Cicerón y otras autoridades de la Antigüedad clásica establecieron para el relato histórico.

**Palabras clave.** Retórica; historiografía; Cicerón; *ars histórica*; Atahualpa; Pizarro; Conquista del Perú; Betanzos.

**Abstract.** The present paper inquires on the influence of Classic Greco-Roman Historiography in the Second Part of the *Narrative of the Incas*. By means of an analysis of the rhetorical devices employed in the account of the Encounter in Caja-

marca, it is proposed here that the author, Juan de Betanzos, followed closely the precepts established by Cicero and other ancient authorities for the proper writing of historic narratives or «histories».

**Keywords.** Rhetoric; historiography; Cicero; *ars histórica*; Atahualpa; Pizarro, Conquest, Perú, Betanzos.

## INTRODUCCIÓN

Como han señalado Kaulicke y Fossa, las dos partes en que se divide el cuerpo de la *Suma y Narración de los Incas* se diferencian claramente entre sí: la primera se presenta como un relato pausado en que se enfatiza el carácter cíclico de ritos y fiestas como actos esenciales para el mantenimiento de un orden social, de una civilización, mientras que la segunda está escrita como una narración secuencial, densa de eventos, en su mayoría violentos, cuyos protagonistas (Huáscar y Atahualpa) crean desorden, traen el caos y precipitan el fin de su mundo<sup>1</sup>. A esto habría que añadir que, en las acciones relatadas en la segunda parte, participan también los recién llegados españoles (entre quienes podríamos contar al mismo Betanzos), así como que se trata de sucesos relativamente recientes en comparación con los de la primera parte; y, finalmente, que las fuentes en que se basa Betanzos ya no son solo los recuerdos de los descendientes de los incas, sino también los de los españoles, pues están presentes en su relato tanto la perspectiva indígena como la de los invasores. Partiendo de que la dinámica de esta crónica pone de manifiesto un trabajo de adaptación literaria, que contrasta con la pretendida labor de «traductor y compilador» con la que se presenta Betanzos ante el virrey Antonio de Mendoza en su «Dedicatoria»<sup>2</sup>, me propongo indagar cuál es el modelo de narración histórica que se pone de manifiesto en el relato del encuentro entre Pizarro y Atahualpa como punto central de toda la segunda parte, la cual, por las razones ya apuntadas, constituye un texto estilística y temáticamente claramente diferenciable de la primera parte. En esta indagación se buscará comprender la manera en que dicho modelo y su preceptiva proporcionan una forma específica a los hechos relatados y sirven al propósito de su autor de explicar cuáles fueron las razones que motivaron el enfrentamiento entre Pizarro y Atahualpa, por qué este último murió y quiénes fueron los responsables de ello. Para tal fin comenzaré por exponer algunos aspectos centrales del modelo de narración histórica concebido en la Antigüedad grecorromana, actualizado gracias al trabajo de los humanistas del siglo xv<sup>3</sup>.

1. Kaulicke, 2015, p. 52; Fossa, 2000, p. 210.

2. Fossa, 2000, p. 210.

3. Cortijo Ocaña, 1999, p. 39

### LA HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA GRECORROMANA

Etimológicamente la palabra griega *istoria* significa 'investigación', 'indagación', y está emparentada con *istor*, que quiere decir testigo ocular, presencial, 'el que ve'<sup>4</sup> e *istoreo* que quiere decir: i) ver o recibir información de testigos oculares; ii) el informe verbal correspondiente a dicha información recibida<sup>5</sup>. «Historia», en su versión latina, no llevaba implícita, en principio, la idea de una indagación sobre el pasado; en este sentido, la labor del antiguo historiador por establecer la verdad acerca de lo que había sucedido tenía directa relación con sus propias observaciones y los testimonios que recogiera de aquellos otros que hubieran estado presentes durante los acontecimientos materia de indagación. Heródoto, Tucídides, Jenofonte o Polibio se interesaron por hechos acaecidos en periodos cercanos a su propio tiempo, de modo que pudiesen afirmar haber estado presentes o haber preguntado a quienes estuvieron presentes<sup>6</sup>. El valor de la investigación del historiador descansaba en su honestidad personal para no elegir conscientemente contar hechos falsos, en su capacidad crítica para escoger la versión testimonial más adecuada y en su buen juicio para ofrecer una explicación coherente de los hechos, basada en explicaciones causales y una adecuada cronología<sup>7</sup>. El producto de su investigación (también llamado «historia») era una obra narrativa en prosa, a la que su autor había dado forma sobre la base de sus averiguaciones, su labor de ordenamiento cronológico, pero también sobre sus propios juicios personales<sup>8</sup>, escrita con un estilo suficientemente claro, sucinto, entretenido y moralmente edificante<sup>9</sup>.

A esta tradición de una historia construida sobre la propia experiencia o el recuerdo rigurosamente controlado de terceros, hay que añadir otros rasgos que se derivan de la preeminencia que tuvo Tucídides como modelo de historiador en la Antigüedad: un rasero más riguroso de confiabilidad histórica que tendía a reducir el ámbito de la investigación solamente a sucesos contemporáneos al historiador y la preferencia por la vida política como el escenario más adecuado para comprender y explicar la naturaleza humana<sup>10</sup>. El letrado clásico, griego o romano, cuando escribía «historia», concentraba su indagación en los acontecimientos políticos contemporáneos y, en lo que respecta a épocas anteriores, resumía o interpretaba obras de historiadores más antiguos; la búsqueda de hechos desconocidos del pasado y la recolección de información sobre lugares lejanos eran ocupación del erudito en antigüedades, y la obra de estos profesionales casi no tenía influencia en la de los historiadores. La honestidad del historiador, su escrupuloso compromiso con la verdad, tenía que ver también con esta autoimpuesta restricción, pues era consciente del carácter fabuloso de muchas tradiciones antiguas y de la menor confiabilidad de una indagación sobre épocas, lugares y lenguas distintos a los

4. Potter, 1999, p. 9; Moradiellos, 2001, p. 100.

5. Mignolo, 1981, p. 366.

6. Momigliano, 1997, pp. 141-142.

7. Potter, 1999, p. 134; Moradiellos, 2001, p. 100.

8. Potter, 1999, p. 10.

9. Moradiellos, 2001, p. 100; Auerbach, 1996, p. 45.

10. Momigliano, 1966, pp. 130, 214.

propios<sup>11</sup>. Es importante resaltar aquí, en relación precisamente con estas restricciones y criterios de confiabilidad, que la labor del historiador grecorromano descansaba sobre todo en fuentes orales de carácter testimonial (y en documentos que recogían estas fuentes) y no tanto en registros, vestigios, inscripciones, restos, ruinas u otro tipo de evidencias físicas, cuya elaboración, recolección, conservación y/o clasificación correspondía a otros (logógrafos, geógrafos, cronógrafos, etc.) a quienes Momigliano denomina sucintamente los «anticuarios». Es importante tener en consideración, para efectos del presente trabajo, que esta separación tan marcada entre el método y el trabajo del historiador y la labor del anticuario no se resolvería sino hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando los historiadores empezaran a corroborar las fuentes literarias de la Antigüedad con las evidencias físicas conservadas y/o estudiadas por los anticuarios<sup>12</sup>.

El historiador clásico debía destacar por su pasión política y por su escrupuloso compromiso con la verdad: por un «buen carácter» en el sentido de elevada estatura moral<sup>13</sup>. Lejos de ser un recopilador de antigüedades o un compilador de eventos, era casi como un artista, dueño de una capacidad de expresión literaria y una comprensión de los fenómenos políticos contemporáneos que le permitían componer obras que explicaban las causas verdaderas de acontecimientos reales, y más precisamente, de grandes y decisivos acontecimientos recientes, de una manera convincente y ejemplificadora<sup>14</sup>. Síntoma de ello era que, siguiendo a Tucídides, el resultado de su investigación casi no ofrecía citación de sus fuentes testimoniales, como podría esperar un lector moderno de una obra historiográfica, pues la confiabilidad de su texto descansaba en su propia autoridad como testigo y en su capacidad personal de discernimiento para recopilar los testimonios más adecuados<sup>15</sup>.

Como señala Moradiellos, esta práctica historiográfica pervivió durante la Edad Media opacada por la perspectiva providencialista de la historia y por la historiografía cristiana, apegada a la erudición de las antigüedades y la preocupación por elaborar un relato comprehensivo de toda la humanidad sobre la base de la información bíblica; pero recuperó gradualmente su importancia y su originalidad en los siglos XV y XVI, especialmente con la escuela florentina, mediante la actualización de aquel modelo grecorromano. En efecto, los secretarios y burócratas letrados del Renacimiento, aunque formados en las escuelas eclesiásticas, produjeron obras de interés político, militar o diplomático basadas en los ejemplos de la Antigüedad clásica, de las que se buscaba extraer lecciones prácticas —y no tanto moralistas— para la buena conducción del gobierno por parte de sus respectivos príncipes o autoridades corporativas<sup>16</sup>. Según Murphy, la tradición preceptiva fundada en la *Retórica* de Aristóteles y en Cicerón recorre toda la literatura medieval, y llega hasta

11. Momigliano, 1966, pp. 130-131.

12. Momigliano, 1966, p. 136.

13. Potter, 1999, p. 135.

14. Cortijo Ocaña, 1999, p. 22; Moradiellos, 2001, p. 101.

15. Momigliano, 1997, p. 142.

16. Tate, 1995, pp. 36 y ss.

el siglo XVI renovada por el espíritu humanista y el redescubrimiento, entre otros tratados de la Antigüedad clásica, de un manuscrito completo del *De Oratore* de Cicerón<sup>17</sup>. Para el caso específico de España, MacCormack ha mostrado cómo, para el siglo XVI, los extensos periodos temporales que los cronistas reales rememoraron durante los siglos precedentes y acerca de los cuales habían escrito, como parte de la historia de los reinos de España, daban paso a crónicas con lapsos de tiempo más cortos, de las que se buscaba extraer lecciones prácticas para el momento actual<sup>18</sup>.

La actualización del modelo de historia grecorromana en el siglo XV tiene relación con esta mayor pujanza vital y mundana, y se caracterizaba por su impronta retórica, una retórica basada en un manejo de primera mano de las fuentes clásicas, que distinguía al historiador del «cronista» o del antiguo «analista» en tanto que aquel escribía de forma correcta y elegante y éstos, no<sup>19</sup>. Este interés literario y una preocupación didáctica más cívica que religiosa distinguen propiamente a la historia renacentista de la medieval y la vinculan directamente con el modelo grecorromano. Por otro lado, es esta «historia», este modelo de narración histórica, o, en palabras de Mignolo, las reglas de esta «formación discursiva historiográfica», lo que los cronistas del siglo XVI seguían cuando escribieron para informar sobre la naturaleza, las culturas precolombinas y la conquista española de las Indias: «su intención era claramente la de escribir historias y no crónicas», tal como los mismos autores se ocuparon en explicitar, si bien continuaron utilizando el apelativo anterior de «crónica» debido al fenómeno de redistribución de los tipos discursivos de que habla el mismo Mignolo<sup>20</sup>.

Sobre la base de estas consideraciones, y partiendo de la afirmación de que los principios generales de la formación discursiva historiográfica y los ejemplos que guiaban la escritura de la historia estaban ampliamente diseminados y arraigados en la sociedad española de entonces, y no solamente en medios universitarios<sup>21</sup>, me propongo mostrar cómo es que la segunda parte de la crónica de Betanzos se inscribe en el modelo grecorromano de historiografía a que he hecho referencia.

#### PRECEPTIVA DE LA HISTORIA

Auerbach había señalado que los dos rasgos definitorios del relato histórico clásico eran su acentuado moralismo y su nítido carácter retórico<sup>22</sup>. Lo primero hace referencia, siguiendo al mismo autor, a la manera antigua de ver el acontecer humano: no se percibe fuerzas, sino vicios y virtudes, éxitos y errores, siendo su modo de plantear un problema, no histórico-evolutivo, sino moral, lo que guarda relación con «un horror aristocrático ante el devenir que se desarrolla en las profundidades», vil,

17. Murphy, 1986, pp. 142, 366; Cuart, 1995, p. 11.

18. MacCormack, 1992, p. 59.

19. Cortijo Ocaña, 1999, pp. 27-30; Mignolo, 1981, p. 374.

20. Mignolo, 1981, pp. 376, 380.

21. Mignolo, 1981, p. 383.

22. Auerbach, 1996, p. 45.

orgiástico y carente de ley<sup>23</sup>. Lo segundo tiene que ver con que los mencionados relatos son producto de una determinada tradición estilística, inculcada en escuelas de Retórica, que buscaba prestar a lo narrado orden, claridad y efectividad dramática. La historia es una forma de representación (*mimesis*) de la realidad y el hecho de que Aristóteles haya establecido la conocida comparación entre «historia» y «poiesis», esclareciendo su diferencia en términos de realidad y verosimilitud, hace ver, junto con dicha fundamental diferencia específica, una afinidad más general entre ambas formas de *mimesis*<sup>24</sup> y nos lleva a la consideración de cuál es el estilo de representación adecuado para el relato histórico; un estilo que será reflejo de los valores de la sociedad que lo ha producido<sup>25</sup>.

El concepto de historia en la época clásica alcanza su «perfecta definición doctrinal» con Cicerón y Quintiliano<sup>26</sup>. De acuerdo con esta definición, el relato histórico presenta la forma de una narración basada en testimonios veraces de hechos realmente acaecidos, que, sin embargo, requieren del criterio y personalidad del historiador para poder ser adecuadamente explicados<sup>27</sup>. Encontramos las definiciones de «historia» o «historias» en textos preceptivos de Cicerón, en los que se presenta a la narración de hechos acaecidos realmente como parte de los recursos persuasivos con que cuenta el orador para la elaboración de un discurso; es decir, que la narración histórica se encuentra adscrita a la Retórica y se organiza de acuerdo con preceptos destinados a la persuasión y efectividad de la intervención del orador<sup>28</sup>.

Ahora bien, de acuerdo con Robert W. Cape Jr.<sup>29</sup>, en *De Oratore* Cicerón ofrece una aproximación algo distinta a la relación entre Retórica y narración histórica, sugiriendo que el estilo apropiado para esta última estaría cerca del género epidíctico o *tertium genus*. Ello se debe a que el estilo del género forense, áspero y combativo, no era adecuado para la composición del relato histórico, que más bien exigía un tipo de discurso distendido y de periodos amplios, de fluidez ininterrumpida acompañado de cierta suavidad<sup>30</sup>, el cual no se enseñaba en las escuelas romanas precisamente por no ser útil para los fines forenses. La retórica latina, dominada por la idea de su finalidad original, es decir, la formación del orador judicial y político, caracteriza al género epidíctico por oposición a los otros dos (deliberativo y judicial). Esta incapacidad de dotarlo de rasgos positivos<sup>31</sup> motiva, en opinión de Cape, el que Cicerón lo vincule, en esta obra, con la historiografía, para la que tampoco había muchas reglas preceptivas en los manuales romanos<sup>32</sup>. En este sentido, de acuerdo con Cape, la enseñanza ciceroniana en *De Oratore* enunciaba que el orador

23. Auerbach, 1996, p. 43.

24. Potter 1999, p. 136; Codoñer, 1995, p. 19.

25. Potter, 1999, p. 151.

26. Cortijo Ocaña, 1999, p. 19.

27. Potter, 1999, p. 150.

28. Cicerón, *Invención retórica*, I.21.30.

29. Cape, 1997, pp. 212-225.

30. Cicerón, *Diálogos del orador*, 2.62.

31. Codoñer, 1995, p. 25.

32. Cape, 1997, p. 217; Cicerón, *Orator*:39.

debía trascender la estrecha preceptiva de los manuales de Retórica si quería cumplir a cabalidad su papel en la sociedad, que requería, entre otras cosas, una adecuada formulación del relato histórico, capaz de concitar una respuesta emotiva mediante una narración dramática y entretenida de las vicisitudes de la fortuna<sup>33</sup>.

La ausencia de preceptos para el relato histórico es explicada afirmando que dichas normas son evidentes y claras<sup>34</sup>. Se enuncia a continuación el edificio de los preceptos retóricos aplicables a la historia, dividido en cosas (*res*) y palabras (*verba*)<sup>35</sup>, una normativa que en sus líneas esenciales hallaremos repetida en las preceptivas del siglo XVI como la de Sebastián Fox Morcillo que, para efectos del presente trabajo, emplearemos como referencia. Acorde con la ya anotada necesaria participación del criterio del historiador, en *De Oratore* se exige de aquel no solo indicar qué se hizo o dijo sino, también, «el fin y el modo como se dijo, y las causas todas, dando a la fortuna, a la prudencia o a la temeridad la parte que respectivamente tuvieron»<sup>36</sup>. Seguidamente se enuncia que el relato histórico pide orden cronológico<sup>37</sup>, si bien se entiende que ello no implica la indicación de fechas al modo de los anales<sup>38</sup>, y una adecuada descripción de los lugares<sup>39</sup>; asimismo, la sucesiva presentación, en primer lugar, de las deliberaciones, luego del hecho mismo y, finalmente, de los resultados de los acontecimientos<sup>40</sup>. Todo ello, además, debe ser sometido a valoración por parte del historiador, que emitirá su opinión personal sobre las decisiones tomadas y los resultados obtenidos, como se mencionó antes, adjudicando causas a los efectos, causas que, como hemos visto, son eminentemente morales, individuales: fortuna, prudencia, temeridad<sup>41</sup>. En la historia interesa, asimismo, relacionar los hechos con sus autores, con su vida y su carácter<sup>42</sup>. En esta medida, y también con miras a su finalidad de entretener o agrandar, el relato histórico ofrece manifestaciones verbales recreadas, conforme a los criterios de verosimilitud o decoro entonces vigentes<sup>43</sup>, de aquello relevante que los protagonistas presumiblemente dijeron; «pues conviene atribuir costumbres, ingenio, naturaleza y palabras a aquel que pronuncia el discurso, con tal que éste sea congruente con su persona»<sup>44</sup>. Esta preceptiva nos remite, asimismo, a la contenida en el Libro III de la *Retórica* aristotélica, donde se establece de qué manera la narración debe expresar el carácter y las pasiones de las personas de que trata, haciéndolos explícitos por medio de la intención, por los rasgos de la conducta y otros indicios que permitan su reconocimiento<sup>45</sup>.

33. Cape, 1997, p. 224; Cicerón, *Fam.* 5.12.4-6.

34. Cicerón, *Diálogos del orador*, 2.62.

35. Woodman, 2008, p. 28.

36. Cicerón, *Diálogos del orador*, 2.62. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 82.

37. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 65.

38. Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 71.

39. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, pp. 75-76.

40. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 86.

41. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 91.

42. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 142.

43. Cicerón, *Retórica a Herenio*, I.9.16

44. Ver Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 144.

45. Aristóteles, *Retórica* III.16.2-3

En cuanto a los *verba*, el citado pasaje de *De Oratore* prescribe un estilo «distendido, de periodos amplios, fluido y apacible», lo que se vincula con la descripción ofrecida en el pasaje 42 de *Orator*, así como con su definición del «estilo medio», despreciado en el foro, contenida en los pasajes 91 y siguientes de la misma obra, a lo que habría que añadir los ya mencionados requisitos de concisión y claridad<sup>46</sup>. Fox resume esta preceptiva enunciando que este estilo medio, adecuado para la historia, «ha de ser ponderado, fluido, continuo, suave» y no «árido, escaso o débil»<sup>47</sup>.

De acuerdo con Cortijo, los primeros tratados de *ars historica* del siglo xv siguen los preceptos ciceronianos, subrayando el carácter narrativo de la historia y su objetivo de representar los hechos verdaderamente acaecidos; así como que dichos acontecimientos sean de preferencia cronológicamente próximos o contemporáneos; su utilidad didáctica; y también su carácter retórico, que precisa un estilo ornado y elevado, que sintetice y explique las razones de los acontecimientos<sup>48</sup>.

Al establecer el apego a la verdad de lo sucedido como la norma fundamental de la historia<sup>49</sup> y a la preceptiva histórica un poco al margen de la oratoria forense, y más bien en el terreno del deleite y la contemplación<sup>50</sup>, pareciera oportuno preguntarse si la historia aspiraba a una objetividad tal como la entenderíamos hoy. La respuesta es que no; el historiador clásico no pretendía mantenerse al margen de los hechos, sino que tomaba partido y lo hacía desde una postura moralista. El historiador seleccionaba, opinaba, alababa o censuraba, interviniendo conscientemente en la formación de la opinión del lector; transformaba la historia en paradigma y la ofrecía a su público como fuente de experiencia<sup>51</sup>. Es este un aspecto de la historia clásica que calza perfectamente dentro del *ars rethorica*, pues aquella perseguía una persuasión que, si bien no tenía fines pragmáticos, se fundaba en la misma clase de pruebas a que se refiere el primer libro de la *Retórica* aristotélica: inducciones que plantean relaciones de semejanza y silogismos retóricos o «entimemas», es decir, silogismos que parten de probabilidades y signos, y que ofrecen no conclusiones lógicas sino probables o verosímiles<sup>52</sup>. Aquí vale recordar, siguiendo a J. Murphy, la naturaleza no apodíctica de las pruebas en la Retórica grecorromana<sup>53</sup>. En este mismo sentido Mignolo, refiriéndose específicamente a las «historias» del Nuevo Mundo, señala que «en la historiografía los valores de verdad se apoyan más sobre criterios pragmáticos que lógico-semánticos», hallándose su respaldo epistemológico y su legitimación en la persona del historiador y en la finalidad didáctica de su escritura<sup>54</sup>.

46. *Retórica a Herenio*, I.9.14, Quintiliano, *Instituciones* 4.2.3.

47. Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 175.

48. Cortijo Ocaña, 1999, pp. 40-42.

49. Woodman, 2008, p. 29.

50. Cicerón, *El orador*, p. 37.

51. Codoñer, 1995, p. 26.

52. Aristóteles, *Retórica*, I.1.4-2.7.

53. Murphy, 1986, p. 282.

54. Mignolo, 1981, p. 369.

### EL RELATO HISTÓRICO EN LA *CRÓNICA* DE BETANZOS

Para mostrar cómo Betanzos siguió el referido modelo de relato histórico, nos centraremos en la narración del encuentro entre Pizarro y Atahualpa. Los acontecimientos materia de esta segunda parte de la *Suma y Narración* habían ocurrido solo hacía unos quince años de la fecha de su redacción. Se considera que Betanzos llegó al Perú en 1533, con quince años de edad<sup>55</sup>. Si no participó personalmente en los acontecimientos materia de su relato, podemos suponer con alto grado de certeza que tuvo acceso a testimonios directos de protagonistas de aquellos, ya fuesen españoles o indígenas. En su *Dedicatoria*, el mismo autor declara, aunque refiriéndose de manera general a toda su obra, que recopiló información de muchas fuentes, antiguas y de crédito<sup>56</sup>. No obstante, Betanzos nunca cita a dichas fuentes con nombres propios y rara vez hace referencia a las mismas, como cuando trata de desacreditar la información de que Atahualpa había mandado matar a unos niños cañaris haciendo hincapié en que «trabajé muy mucho con todos los señores de Cuzco muy viejísimos y señores muy antiguos», y que éstos, cuyos nombres no menciona, niegan tal suceso<sup>57</sup>. En este sentido, Betanzos, más allá de las declaraciones consuetudinarias de modestia con que se presenta, como simple «traducidor», en su *Dedicatoria*, asume el papel del historiador grecorromano que recopila, organiza y discierne entre sus fuentes testimoniales, y ofrece un relato unitario, completo, relativo a acontecimientos recientes, casi contemporáneos, bajo su entera responsabilidad, garantizando la veracidad del mismo en el criterio y recto juicio de su autor («verdadero y fiel traducidor»<sup>58</sup>). Otro aspecto de su apego al modelo grecorromano es su declaración acerca del estilo apropiado —del que él, por supuesto, se declara incapaz— que debía mostrar su texto: «estilo gracioso y elocuencia suave»<sup>59</sup>, que nos remite claramente a la preceptiva ciceroniana.

Más allá de estas declaraciones y referencias, sin embargo, veremos cómo en el mismo texto de Betanzos aparecen ejemplos puntuales de su apego al modelo clásico historiográfico. En primer lugar, el orden. Betanzos organiza su relato según una estricta cronología, aunque sin la indicación de fechas (rasgo propio de los enjundiosos anales), que facilita la lectura del texto y la comprensión de los acontecimientos. Ahora bien, este orden secuencial debe lidiar con la simultaneidad de muchas acciones, dado que se trata de una narración muy abigarrada, en la que se entrecruzan las perspectivas indígena y española; en esta medida, el autor tiene que dar cuenta al menos de dos líneas de sucesos simultáneos: la que corresponde a Atahualpa y su entorno, y la que corresponde a Pizarro y su hueste.

55. Domínguez, 2015, p. 15.

56. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 120.

57. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 349.

58. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 120.

59. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 120.

Si partimos del capítulo XVI de la crónica, en que Atahualpa llega a Huamachuco y consulta a la guaca local, tenemos que Betanzos ha elaborado el siguiente esquema: i) Focalización en Atahualpa desde que consulta a la guaca de Huamachuco, se entera de la prisión de Huáscar, decide destruir la guaca, envía a Cuxi Yupangue al Cuzco, se entera de la llegada de los indios tallanes con noticias de los viracochas; ii) Cambio de focalización a Pizarro, para informar que había llegado a Tangaralá, recibido noticias de Atahualpa y enviado a los indios tallanes; iii) Cambio de focalización a Atahualpa, que abandona sus labores de destrucción de la guaca, interroga a los tallanes, consulta con sus capitanes y despacha a los tallanes de regreso con el mensaje de que se vería con Pizarro en Cajamarca; iv) Cambio de focalización para referir los hechos de Chalcochima y Quizquiz después de la captura de Guáscar en el Cuzco; v) Cambio de focalización para referir el viaje de Cuxi Yupangue al Cuzco y sus hechos en dicha ciudad; vi) Cambio de focalización a Pizarro para referir su partida hacia Cajamarca (omite el regreso de los tallanes y su informe) e introducir la figura clave de orejón Ziquinchara, que es enviado a Atahualpa como mensajero; vii) Cambio de focalización (si bien no tan marcada en el texto, debido a que esta transición opera por medio de Ziquinchara que sale del entorno de Pizarro y llega al entorno del Inca) a Atahualpa, que recibe a Ziquinchara, lo interroga, se reúne con sus capitanes, decide enviarlo de regreso a Pizarro y arriba a los baños calientes, a dos leguas de Cajamarca, para celebrar el «Eraime»; viii) Cambio de focalización a Pizarro, que está camino a Cajamarca y recibe a Ziquinchara, y más tarde arriba a Cajamarca y envía a un capitán junto con Ziquinchara al Inca; ix) Cambio de focalización a Atahualpa, que recibe las insignias de Huáscar, luego recibe a Ziquinchara y al capitán de Pizarro en los baños; x) Cambio de focalización a Pizarro, que recibe a su mensajero de vuelta en Cajamarca y decide prepararse para una posible batalla; xi) Cambio de focalización a Atahualpa, quien vuelve a interrogar a Ziquinchara sobre los españoles, indeciso sobre cómo debe actuar con ellos, delibera con sus capitanes, opta por acudir a Cajamarca, con su ejército en formación, para ver de cerca a los extranjeros y luego de ello decidir cómo actuar, y envía de regreso a Ziquinchara con mensajes de cortesía; x) Cambio de focalización a Ziquinchara que se instala en Cajamarca como informante secreto y envía mensajeros periódicamente al Inca con noticias sobre la mala conducta de los españoles en Cajamarca, mientras aquel se aproxima a dicha ciudad; y xi) Se produce finalmente el encuentro entre el Inca y los españoles.

Esta manera de relatar el acontecimiento histórico difiere de una simple recopilación de hechos o de testimonios y nos presenta, más bien, a un autor que ha trabajado la información con que cuenta, dándole la forma de una narración bien estructurada, que presenta hechos temporalmente simultáneos en una forma secuencial elaborada, con cortes y cambios de focalización precisos, para no crear confusión. Pero, además, este ordenamiento secuencial sirve para dar una explicación de las causas de los acontecimientos y atribuir «su parte a la fortuna, a la prudencia o a la temeridad», como prescribe Cicerón. Como quiera que esta explicación será siempre de índole moral, Betanzos seguirá la estrategia, proveniente de la

*Retórica*<sup>60</sup>, de hacer explícitos, por medio de la intención, los rasgos de la conducta y por otros indicios, el carácter y las pasiones que predominan en los personajes más importantes y que explican verosímilmente sus decisiones, aciertos o errores.

Para ilustrar este punto centrémonos en la figura y acciones de Ziquinchara, un orejón que estaba en Tangaralá en representación de Atahualpa al momento del arribo de Pizarro y que es descrito como un «criado» del Inca<sup>61</sup>. Como quiera que Pizarro estaba determinado a encontrarse con Atahualpa, al enterarse de la condición social de Ziquinchara decide «honrarlo»; Ziquinchara se presenta comunicativo y abierto al trato con los españoles, pero Betanzos nos explica que esa conducta obedecía a su deseo de informar después al Inca cumplidamente todo lo relativo a la condición de los extranjeros; para tal fin, se muestra solícito y servil con Pizarro, a quien logra engañar. Posteriormente, cuando está con Atahualpa, le informa que los viracochas no son tales, sino «pumarangra», «gentes sin señor, derramadas y salteadores», los llama «supaycuna» y sugiere que debe matarlos a todos de una vez<sup>62</sup>. Pero el Inca duda acerca de la real condición de los españoles y decide esperar a verlos personalmente. Una vez en los baños de Cajamarca, recibe otra vez a Ziquinchara, que actúa como un intermediario engañoso e informa al Inca que los españoles «vienen todos armados» hacia él y que son gente que duermen cuando quieren, vestidos o desnudos<sup>63</sup>, creando, con estas y otras acotaciones, inteligentemente elaboradas por Betanzos, un ambiente de mala disposición en el entorno del Inca respecto de los españoles y suscitando temor en el mismo Atahualpa. Cuando llega la embajada de Pizarro a los baños, Betanzos presenta un suceso muy interesante: los caballos se encabritan al cruzar un vado de agua caliente y ello provoca gran temor entre los indígenas; posteriormente, al haber fracasado el diálogo entre el capitán de Pizarro y Atahualpa, con la negativa de éste a conservar un anillo como obsequio luego de que se aquel le faltara el respeto, los españoles hacen encabritar a sus caballos causando asombro nuevamente entre los andinos. De regreso a Cajamarca, el capitán informa del recelo y mutismo de Atahualpa y del gran número de gente de guerra que lo rodeaba, creando en Pizarro aprensiones que lo llevan a prepararse para un ataque. Sin embargo, Betanzos se ocupa en informarnos que Atahualpa aún no estaba seguro de cómo actuar con respecto a los extranjeros, pues aún creía que podían ser viracochas y que podía beneficiarse de un buen trato con ellos<sup>64</sup>. Interrogado nuevamente acerca de su «sentir» respecto de los extranjeros, Ziquinchara asevera que no son dioses y Atahualpa, aconsejado por sus capitanes, decide presentarse en Cajamarca con su ejército dispuesto para la guerra<sup>65</sup>.

60. Aristóteles *Retórica*, III.16.2-3.

61. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 385.

62. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, pp. 386-387.

63. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 390.

64. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 395.

65. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 398.

En su recorrido desde los baños a Cajamarca, Betanzos ofrece la siguiente escena: Ziquinchara va enviando periódicamente mensajeros a Atahualpa que le repiten, a intervalos, uno después de otro, comenzando siempre con la frase «Zapa Inga, has de saber que...», que los españoles roban sus posesiones y ocupan sus propiedades en Cajamarca, lo que provoca cada vez más ira en el Inca, al punto de que mata al último mensajero. Con estos ánimos se produce el encuentro y posteriormente el diálogo entre fray Valverde y Atahualpa, en el que prima la incompreensión entre los protagonistas debido a una deficiente traducción<sup>66</sup>.

La narración de Betanzos, en su forma de disponer los acontecimientos y en el empleo de estrategias narrativas como la ya mencionada, que recuerda a las figuras de la anáfora y a la *conversión* o epífora señaladas por Cicerón<sup>67</sup>, ofrece una explicación persuasiva, en términos retóricos, de cómo la desconfianza entre andinos y españoles, y en particular entre Pizarro y Atahualpa, se fue acrecentando por causa de las intrigas de un personaje de carácter adulator y traicionero como Ziquinchara, pero también por circunstancias atribuibles a la fortuna, como la impresionabilidad de los indígenas respecto de las armas y caballos europeos, y la distancia lingüística y cultural entre ambos grupos humanos, hasta convertirse en abierta hostilidad. La parte de responsabilidad que corresponde a la codicia y tosquedad de los capitanes de Pizarro, aunque no deja de mencionarse, queda de esta manera atenuada.

Otro ejemplo de esta forma de representar los acontecimientos históricos lo tenemos en el relato de la muerte del Inca. Aquí se parte de la afirmación de que Atahualpa «se holgaba con el Marqués y los demás españoles»<sup>68</sup> y de que Pizarro tenía firme intención de no hacerle daño, manifestada en el hecho de que se hirió él mismo por defender al Inca de los suyos<sup>69</sup>. Sin embargo, uno de los «lenguas» de Pizarro decidió tener relaciones sexuales con una de las mujeres de Atahualpa. A este efecto, Betanzos construye la siguiente escena. El «lengua» está al acecho de una salida del Inca de sus aposentos para entrar y poseer por la fuerza a aquella mujer, de la que se dice que era «blanca», hermosa y se la nombra como «sancta». Cuando es descubierto por el Inca, éste lo llama «perro yunga» y le dice que, si no estuviera preso, él, su linaje y su nación morirían por aquella afrenta. Este indígena, pensando en conservar para sí a aquella mujer, decide propagar la mentira de que el Inca está juntando gente para levantarse en armas; Pizarro no le cree y Atahualpa lo desmiente. Pero luego, presionado por el tesorero del Rey, que teme por la pérdida de los tesoros capturados en caso de un levantamiento, y por Almagro, que «estaba mal por el Atahualpa» por haberle reclamado un «puñal» de su propiedad que aquel no quiso devolver, Pizarro, movido por «el gran persuadir» de Almagro y otros, decide ejecutar al Inca<sup>70</sup>.

66. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 401.

67. Cicerón, *Retórica a Herenio*, IV.12.19; Cicerón, *Del orador*, p. 135.

68. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 410.

69. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 402.

70. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 411.

En este relato se evidencia aún más la impronta moralista de las explicaciones históricas en el modelo grecorromano. Lo que ha causado que el Inca sea ejecutado son las intrigas y mentiras producidas: i) por la concupiscencia de un indígena de categoría menor por una mujer «sancta», cuyo elevado estatus es expresado cabalmente por el calificativo de «blanca», cosa que pone muy de relieve la bajeza del deseo carnal del violador; así como, ii) por la codicia de Almagro, expresada con fineza en la figura de la «daga» sustraída de los tesoros del Inca. Nombrada de esta forma y no con el nombre original que quizá Betanzos, sabedor del quechua, conociera, pero que prefiere no usar, el cronista consigue acrecentar el efecto literario que produciría en sus lectores (españoles) un objeto de esta clase como símbolo de la pasión que domina al español y su conexión causal con la muerte del Inca. Los recursos empleados en este relato por Betanzos, en especial las referencias a la blancura y santidad de la mujer violada, y la mención de la daga de Almagro, nos remiten a los lugares séptimo, octavo y décimo de la *amplificación* reseñados por Cicerón<sup>71</sup>. La responsabilidad personal y directa de Pizarro en la muerte del Inca queda, de esta forma, bastante relativizada.

De esta manera Betanzos cumple con la preceptiva ciceroniana de relatar ordenadamente los hechos, explicar sus causas, refiriendo los errores y aciertos de los protagonistas a su carácter o estatura moral, sin dejar de mencionar otras circunstancias atribuibles a la fortuna. Ziquinchara es mostrado haciendo falsas reverencias a Pizarro «y abajándosele en señal de obediencia»<sup>72</sup> para luego, colocándose rápidamente detrás del trono del Inca, sugerirle a éste que debía matar a todos los españoles llamándolos «supaycuna». Atahualpa resulta más complejo; por una parte, como Inca, es representado superior a los demás indígenas en que se muestra impertérrito ante los caballos de los españoles, y también respecto de Huáscar, que era «vicioso en todos los vicios»<sup>73</sup>; pero, respecto de Pizarro y en cierta forma del resto de españoles, se muestra inferior por causa de su superstición idolátrica y cierta debilidad de carácter, que le hace sentir miedo y vacilar ante la presencia de los europeos creyendo que pueden ser dioses, que lo lleva a emborracharse con ocasión de una festividad pagana, a dormir mucho y levantarse tarde, justamente cuando se va a decidir el destino de su reino, mientras que los españoles, de mayor raciocinio («gran entendimiento»), duermen y no duermen según sea preciso y necesario<sup>74</sup>. Estas diferencias o contrastes de carácter o estatura moral —más en concreto de fortaleza y templanza— resultan importantes en la medida en que, desde la perspectiva de las pruebas de persuasión retóricas<sup>75</sup>, son signos que explican convincentemente las causas de la derrota de los andinos como una ausencia de virtud y, por tanto, legitiman la victoria de los invasores como personas dotadas de superioridad moral.

71. Cicerón, *Retórica a Herenio*, II.30.49.

72. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 389.

73. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, pp. 321, 392.

74. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, pp. 390, 399.

75. Aristóteles, *Retórica*, I.9.6.

El aspecto de la verosimilitud exigida por la preceptiva historiográfica está presente en los parlamentos de Pizarro y Atahualpa; las intervenciones del primero son escasas, pero siempre prudentes, graves y animosas, siguiendo la norma reseñada por Fox Morcillo en su preceptiva<sup>76</sup>. Las del segundo obedecen, asimismo, a su condición de jefe militar, por lo que sus parlamentos, coherentemente elaborados y explicativos, contrastan un poco con la violencia y desmesura de las acciones represivas con que lleva a cabo su guerra contra Huáscar.

La exigencia ciceroniana de presentar secuencialmente las deliberaciones, los hechos y las consecuencias la encontramos cumplida, por ejemplo, en todo el arco de acontecimientos expuesto anteriormente, en el que la narración comienza describiendo las dudas y deliberaciones entre Atahualpa y sus capitanes, y las que ocurren en el entorno de Pizarro, para dar lugar paulatinamente al encuentro de los dos grupos en Cajamarca, y de allí, una vez relatado el acontecimiento central, a la presentación posterior de las consecuencias de aquellos hechos, con las explicaciones y atribuciones que ya hemos mencionado. Aquí resulta interesante, como parte de este esquema, anotar que la transgresión del indígena «lengua» que violó a la mujer «sancta» del Inca aparece finalmente recibiendo su castigo; ello se menciona por medio de una breve referencia al futuro, a modo de digresión, que ofrece Betanzos al contar cómo muere a manos de Almagro, en Chile, por haber huido y levantado a los indios de aquella región<sup>77</sup>, cumpliendo asimismo, en lo que respecta a la forma de esta digresión, con una norma retórica recogida en la preceptiva de Fox Morcillo<sup>78</sup>.

En lo tocante al lenguaje, quizá cabe argüir que el estilo de Betanzos no cumple a cabalidad con las exigencias ciceronianas debido a la oralidad que respira<sup>79</sup>, pero es sin duda suficientemente claro y fluido, con la excepción de algunos pasajes oscuros, como el relativo a los chachapoyas en el capítulo XVII<sup>80</sup>. No es un estilo recargado, pero tampoco carente de elaboración y recursos retóricos, lo que permite considerarlo dentro del denominado «estilo medio», prescrito para el relato histórico. Como contraejemplo a nuestro planteamiento cabría señalar que el relato de Betanzos no ofrece una esmerada descripción de lugares. No obstante, sobre la base de las razones expuestas, consideramos que, si bien no se trata de un ejemplar notable por su estilo, se inscribe ciertamente dentro de la tradición y el modelo de relato histórico grecorromano a que hemos hecho referencia.

## CONCLUSIONES

La segunda parte de la *Suma y Narración de los Incas* de Betanzos se inscribe dentro del modelo de relato histórico grecorromano, debido a que su autor elabora, sobre la base de testimonios orales recopilados y seleccionados por él,

76. Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 144.

77. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 412.

78. Fox Morcillo, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, p. 137.

79. Domínguez, 2015, p. 22.

80. Betanzos, *Suma y Narración de los Incas*, p. 377.

una narración ordenada de acontecimientos reales, ocurridos recientemente y, siguiendo la preceptiva establecida por Cicerón, ofrece una explicación de ellos basada en su discernimiento acerca del carácter de los personajes, sus decisiones, aciertos y errores, y la circunstancias fortuitas que determinaron su desenlace. La intervención y posicionamiento personal del autor en la elaboración del relato es fundamental pues se debe a él la representación de todas las acciones y parlamentos, su concatenación y secuencialidad, así como la caracterización de los actores, al punto de que, en su narración, sin que por ello ésta deje de concebirse como verdadera, la responsabilidad de Pizarro por el enfrentamiento y posterior muerte de Atahualpa queda bastante atenuada gracias a la participación decisiva de otros personajes. Por otro lado, las explicaciones ofrecidas en el relato han sido formuladas con el empleo de recursos retóricos provenientes de la misma tradición grecorromana, destinados persuadir al lector u oyente sobre la veracidad y coherencia de aquellas. Finalmente, en el seguimiento de este modelo de relato histórico, Betanzos se ceñía a las preceptivas de su propia época que, en sus líneas esenciales, repetían —como es el caso de Sebastián Fox Morcillo— las de aquel modelo grecorromano.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *Poética*, trad. Alicia Villar Lecumberri, Madrid, Alianza, 2007.
- Aristóteles, *Retórica*, trad. Quintín Racionero, Madrid, Gredos, 1990.
- Auerbach, Erich, *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, trad. Ignacio Villanueva y Eugenio Imaz, México, FCE, 1996.
- Betanzos, Juan de, *Suma y Narración de los Incas*, en *Juan de Betanzos y el Tahuantinsuyo*, ed. Francisco Hernández Astete y Rodolfo Cerrón-Palomino, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, pp. 107-440.
- Cape Jr., Robert W., «Persuasive History: Roman Rethoric and Historiography», *Roman Eloquence*, ed. William Dominik, London, Routledge, 1997, pp. 212-228.
- Cicerón, *Diálogos del orador*, trad. Marcelino Menéndez Pelayo, Buenos Aires, Emecé, 1943.
- Cicerón, *El orador*, trad. Eustaquio Sánchez Salor, Madrid, Alianza, 1991.
- Cicerón, *La invención retórica*, trad. Salvador Núñez, Madrid, Gredos, 1997.
- Cicerón, *Retórica a Herenio*, trad. Salvador Núñez, Madrid, Gredos, 1997.
- Codoñer, Carmen, «Un modelo imitativo: la historiografía latina», *Studia Historica, Historia Moderna*, XIII, 1995, pp. 15-26.
- Cortijo Ocaña, Antonio, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1999.

- Cuart, Baltasar, «Cuatro aspectos de historiografía renacentista», *Studia Historica, Historia Moderna*, XIII, 1995, pp. 11-13.
- Domínguez, Nicanor, «Juan Díez de Betanzos: vida del autor de la *Suma y Narración de los Incas* (1551)», en *Juan de Betanzos y el Tahuantinsuyo*, ed. Francisco Hernández Astete y Rodolfo Cerrón-Palomino, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, pp. 13-27.
- Fossa, Lydia, «Cuando la letra hispana representa la voz quechua», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVI, 52, 2000, pp. 195-213.
- Fox Morcillo, Sebastián, *Diálogo de la enseñanza de la historia*, en *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo*, ed. Antonio Cortijo Ocaña, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1999, pp. 161-237.
- Kaulicke, Peter, «La *Suma y Narración* desde una perspectiva antropológica», en *Juan de Betanzos y el Tahuantinsuyo*, ed. Francisco Hernández Astete y Rodolfo Cerrón-Palomino, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, pp. 41-54.
- MacCormack, S., «History, Memory and Time in Golden Age Spain», *History and Memory*, 4.2, 1992, pp. 38-68.
- Mignolo, Walter, «El metatexto historiográfico y la historiografía indiana», *MLN*, 96.2, 1981, pp. 358-402.
- Momigliano, Arnaldo, *Studies in Historiography*, New York, Harper Torchbooks, 1966.
- Momigliano, Arnaldo, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México, FCE, 1997.
- Moradiellos, Enrique, *Las caras de Clío*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
- Murphy, James J., *La retórica en la Edad Media*, México, FCE, 1986.
- Potter, David S., *Literary Texts and the Roman Historian*, London, Routledge, 1999.
- Quintiliano, *Instituciones oratorias*, trad. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, Madrid, Imprenta de Perlado, Páez y Compañía, 1910.
- Tate, Robert B., «Los trabajos del cronista cuatrocentista», *Studia Historica, Historia Moderna*, XIII, 1995, pp. 27-46.
- Woodman, A. J., «Cicero on Historiography: "De Oratore", 2.51-64», *The Classical Journal*, 104.1, 2008, pp. 23-31.